

## Notas acerca de lo femenino y la conducción de instituciones

Esta nueva invitación que me ha hecho *Calibán* para escribir un editorial para el número dedicado al tema del próximo congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) en Londres, “Lo femenino”, resulta una oportunidad para reflexionar sobre él, pero, asimismo, sobre mi propia experiencia al acercarme a la mitad del mandato de esta administración.

Al estar ocupando por primera vez una mujer la Presidencia de API, quise que el tema de lo femenino formara parte del Congreso, y luego de varias conversaciones, se decidió este título, que puede albergar de una manera más inclusiva los alcances, los límites, el territorio y el estado actual de este tema.

Lo femenino no se puede definir desde una sola perspectiva ni como una oposición a un universal, es puro despliegue de singularidades. Por otra parte, no puede dejar de pensarse en relación con el contexto histórico-social de cada época.

El año pasado, tuvo lugar en Córdoba el 11° Congreso Argentino de Psicoanálisis y fui invitada, junto con Leticia Glocer, un artista plástico y una escritora, a hablar en un panel titulado “Escenarios de lo femenino”. Esta invitación me dio la oportunidad de pensar en principio lo femenino como un espacio de acción y, en una segunda instancia, en la pluralidad de estos espacios: lo femenino como desplegándose en distintas posibilidades matizadas, definidas y redefinidas por el contexto histórico de cada cultura.

Por otra parte, desde el momento en el que fui elegida, hace ya cuatro años, me he visto llevada a considerar temas sobre los que no tenía la costumbre de pensar. Solo para enumerar algunos: la conducción, la autoridad, el poder, y casi siempre incluyendo la perspectiva de género. Por eso mismo, entiendo oportuno y necesario interrogarme sobre qué implica conducir una institución, en general, y la API, en particular hoy, en una época como la nuestra que, como todas, tiene sus problemas y desafíos.

Desde el inicio, me asombró el impacto que generó que –por primera vez– una mujer fuera elegida para conducir esta asociación fundada en 1910. En entrevistas en diarios y en la televisión, me preguntaron por qué creía que hasta ahora la API no había tenido una mujer como presidente. Si bien no resulta sencillo ensayar una respuesta general, no puedo dejar de considerar la lógica dominante en las sociedades y las configuraciones familiares modernas, en las que el hombre era eje y centro de la vida pública. En este contexto nació el psicoanálisis. En ese entonces, la división sexual del trabajo familiar establecía que la actividad política, institucional y pública era territorio (casi exclusivo) de los hombres, y más aun la conducción o la dirección en esos territorios. De esta manera, para los códigos hegemónicos de la época victoriana, resultaba impensable que una mujer condujera una institución, en general, y la API, en particular. En el contexto actual, una perspectiva de género para este análisis se hace necesaria.

Por otra parte, la conducción de instituciones como las nuestras nos enfrenta con una situación paradójica: el saber específico que nos llevó hasta allí y nos autoriza para conducir una organización es (muy) necesario, pero no suficiente, podríamos decir. Conducir una institución, en la escala que sea, también requiere de un saber político-institucional indispensable que tiene múltiples aristas.

Resulta evidente que, cuando describimos este tipo de operaciones, no se trata de acciones y decisiones que pertenecen al terreno de la clínica. Sin perder de vista la complejidad de la clínica hoy, allí nos movemos comparativamente con

comodidad. Fuimos formados para eso, pero no fuimos entrenados para el campo político-institucional. En este sentido, hay una discontinuidad radical entre lo que podríamos llamar el saber teórico-técnico-clínico y el de la conducción de una institución, incluso una vinculada con lo psi.

Por otra parte, este déficit en la formación político-institucional de los analistas convive con cierto sentido común antiinstitucional y antipolítico socialmente extendido, que cuestiona la actividad política y observa a los políticos profesionales (pero también a aquellos que deciden, participan y adquieren protagonismo en las instituciones) con desconfianza.

Al subrayar este asunto, pretendo destacar dos grandes desafíos para la formación de los analistas. En un mundo cambiante como el que vivimos, además de repensar la clínica a la luz de las variaciones en la subjetividad y en las formas de padecimiento, es necesario enseñar un psicoanálisis capaz de intervenir en nuevos escenarios, en el consultorio privado, pero también más allá de él. Para que esto suceda, no solo tendremos que problematizar la clínica, sino también la mirada político-institucional de los analistas y de quienes conducen las instituciones psi.

El consultorio es uno de los territorios del psicoanálisis, pero no el único. Por eso mismo, en lugar de encerrarse en sí mismo, el psicoanálisis debe descentrarse. Quizás en una supuesta época dorada o del boom del psicoanálisis, en la que había listas de espera de años para obtener un analista, era suficiente refugiarse en los consultorios. Pero estamos en otra etapa. Ahora bien, si pretendemos (y yo lo pretendo) que el psicoanálisis perdure y produzca nuevos efectos en la cultura, debe fertilizarse en intercambios con otras disciplinas y en otros ámbitos. Es así que nació una iniciativa que ya está mostrando sus frutos: organizamos en la API una nueva estructura que recibe el nombre de API en la Comunidad y que incluye áreas como Educación, Salud, Cultura, Ley, Violencia y Organizaciones Humanitarias, y subcomités como, por ejemplo, el de Migraciones y Refugiados.

La idea central es que, como psicoanalistas, tenemos que reservar algo de nuestro tiempo para salir de nuestros consultorios e instituciones hacia la comunidad, y colaborar con los jóvenes profesionales que en las distintas áreas trabajan enfrentando las difíciles problemáticas que el mundo actual nos plantea.

Debo decir que nos impactó la gran respuesta a la convocatoria para una serie de premios que lanzamos para proyectos de las distintas áreas de API en la Comunidad. Esto ha resultado en una suerte de mapeo del trabajo que hacen los miembros y los analistas en formación en la comunidad. América Latina tiene una larga tradición en estas prácticas, y esta es una manera de dejar una marca de una administración de nuestra región; espero que se siga desarrollando aun más en el futuro.

Si retomamos el tema de lo femenino, una pregunta que surge con frecuencia es si existen particularidades en relación con el género cuando se trata de conducir. No pretendo responder esta enorme pregunta de manera general, y entonces apelo a mi experiencia, que tal vez pueda aportar un punto de vista. Nuestra época no es la de principios del siglo pasado. Tampoco la situación de las mujeres en nuestra profesión es representativa de la mayoría de las mujeres. Si bien es cierto que la API nunca antes fue conducida por una mujer, ha habido muchas mujeres al frente de sociedades componentes y regionales.

Esto no nos puede llevar a negar el lugar vulnerable que ha tenido y todavía tiene la mujer en nuestra sociedad. Sin ir muy lejos, podemos mencionar que recibe menor salario por igual trabajo y calificación, que tiene menos posibilidades de acceder a posiciones estratégicas y de conducción, o que la “mentalidad machista” se exhiba en nuestros consultorios también y, muchas veces, con más fuerza desde una mujer. Esto último no deja de asombrarme, y lo observo mucho, también en pacientes jóvenes.

En noviembre de 2018 fui invitada para dar una presentación y participar de una mesa redonda en el congreso organizado por el Comité de Mujeres y Psicoanálisis

(COWAP, por sus siglas en inglés) en Los Ángeles, Estados Unidos, titulado “Enfrentando la misoginia: La dialéctica entre el techo de cristal interno y externo”.

Esta invitación me llevó a estudiar el concepto de “techo de cristal”, acuñado por las ciencias sociales y, específicamente, por la economía feminista. El techo de cristal es una limitación invisible por la cual las mujeres se encuentran con un tope para lograr acceder a las mismas posiciones que los hombres. No hay una razón explícita, está determinado por las relaciones sociales, preconceitos subjetivos arraigados en el inconsciente colectivo, que al acompañarse de legislaciones concretas (como el hecho de que no exista una ley de paternidad, por lo menos en mi país) y evidencias ontológicamente comprobables (el hecho de que las mujeres que ocupamos lugares de dirección seamos menos en número) derivan en el círculo vicioso que se justifica a sí mismo: las mujeres no accedemos a ciertos espacios porque “no está en nuestra naturaleza”.

El techo de cristal es, valga la redundancia, una cristalización de una asimetría social justificada de modo falaz, que tiene consecuencias tanto concretas como sociales porque se arraigan particularmente en la individualidad de cada sujeto como parte de su sistema inconsciente de creencias. Aquí entramos en lo que nos interesa pensar como psicoanalistas: el techo de cristal interno.

El techo de cristal tiene mecanismos tan sutiles que es constantemente absorbido por nuestras subjetividades, generando este segundo espacio de limitación, pero en el escenario de lo interno: nuestro techo de cristal interno es la propia obturación del deseo, el pensamiento de que hay determinadas cosas que no podemos siquiera desear, o la alteración de nuestro propio deseo para adaptarnos a un modelo hegemónico de mujer en estado de sumisión.

Si retomamos el tema del comienzo acerca de la dificultad de pensar lo femenino sin ubicar el tema solo como oposición al tan cuestionado binarismo, podemos ubicar la cuestión en un lugar de reapropiación del espacio de disidencia, dos escenarios enormes en el campo social. Allí, las individualidades disgregadas se vuelven a unificar desde las particularidades y tratan de repensar la condición de la mujer en nuestra cultura: la convocatoria cada vez más masiva en contra de la violencia de género con el “Ni una menos” y los debates en el Congreso argentino en relación con la despenalización del aborto. Estos dos son también escenarios de lo femenino.

“Ni una menos” nació el 3 de junio de 2013 en la Argentina como un grito colectivo en contra de la más abominable forma de violencia contra la mujer: el femicidio. Este movimiento siguió expandiéndose por fuera de las fronteras y ha creado una nueva forma de expresión del feminismo en la actualidad.

Por otra parte, en mi país, en 2018 los debates sobre la legalización del aborto precedidos por dos meses de debate en el Congreso movilizaron a un millón de personas en la noche fría del 3 de junio, en una vigilia de 23 horas, hasta que se conoció el resultado positivo por un estrecho margen.

La ley pasó con media sanción al Senado, y luego de otra vigilia, esta vez con dos millones de personas en una noche fría y lluviosa de invierno, el proyecto fue rechazado por un margen muy estrecho. De todas maneras, estos dos eventos han dado nacimiento a una nueva manera de hacer política. No se vuelve atrás de esta poderosa fuerza de movilización liderada por mujeres que han logrado que salga a la luz un enorme problema de salud pública.

Para concluir, espero que las presentaciones (que serán más de seiscientas) y los debates que vamos a tener en el próximo Congreso Internacional de la API en Londres, del 24 al 27 de julio de este año, nos traigan nuevas contribuciones y cuestionamientos en un clima de apertura y respeto por las diferencias.

**Virginia Ungar**

Presidenta de la Asociación Psicoanalítica Internacional